

DOMINGO II DE PASCUA-A-
Padre pedrojosé ynaraja díaz

TEXTOS

Hechos 2:42-47

Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.

I Pedro 1:3-9

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento. Por lo cual rebozáis de alegría, aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro perecedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la Revelación de Jesucristo. A quien amáis sin haberle visto; en quien creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa; y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas.

Juan 20:19-31

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.» Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.» Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.» Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente. Tomás le contestó: «Señor mío y

Dios mío.» Dícele Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.» Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

COMENTARIOS

Os confieso sinceramente que no sé cual es el motivo de que el simpático episodio de Emaús se proclame en la liturgia de hoy miércoles de Pascua y no en un domingo. Es por ello que permitidme que me refiera a este evento y os mande un comentario.

Según cuenta el evangelio, el suceso ocurrió el mismo atardecer de Pascua. Es muy significativo que así sea, que los interlocutores fueran dos personas sin especial distinción social, uno de ellos seguramente familiar del Señor, esposo de una de las "marías" que acompañaban a la Virgen en el Calvario. Vivían ellos una triste inquietud, que ahogaba su antigua esperanza. Eran dos hombres comunicativos, sin especiales precauciones personales, sin desconfianzas.

Dado su privilegiado temperamento, se abren a un desconocido y este se interesa por ellos. ¿hubiéramos obrado nosotros de igual manera?. Quien es prudente reservado cree estar seguro de que nadie le va a engañar, pero se asegura de vivir en gran pobreza espiritual.

Al llegar los tres a un domicilio y habiéndose hecho tarde por el camino, le ofrecen que se quede con ellos y Él acepta. No le indican una buena pensión para alojarse por su cuenta, no. le ofrecen lo que buenamente tienen. (Os advierto que este mismo año, la tarde del Sábado Santo, me preocupé de preparar una habitación y sus complementos, por si alguien se presentaba sin avisar. No podía exponerme a dejar pasar de largo al Señor en ocasión litúrgica tan notoria).

Sincera constatación personal que seguramente resultará útil para muchos. En una de mis visitas al Louvre en la que al disponer de poco tiempo me había limitado a observar únicamente antigüedades sirias, salía deprisa, sin mirar a ningún lado, pues me estaban esperando. Pese a tal actitud, la mirada se me fue a un gran cuadro y no pude resistir la tentación de acercarme a ver su significado.

Sorprendido leí, el "encuentro de Emaús". Mi asombro se debía a que los personajes e la escena eran más de los típicos tres. Me limité a sacar una foto del cuadro y del letrero, dejando para otro momento su estudio. Más tarde he observado muchas otras pinturas semejantes. Comprendo que a los artistas pintar una mesa donde el Señor ocupa el centro y los dos discípulos a sus lados, les resulte mucho más fácil que el diseño de una familia, variedad de personajes, dificultades de la perspectiva , etc. Pero lo propio, evidentemente, es que se tratase de una vivienda familiar, con esposa e hijos.

Es admirable, pues, que la primera misa después de resucitar , la celebrase con una familia. Es sorprendente también que la reacción de los dos fuera salir corriendo a Jerusalén, para compartir el gozo con los discípulos del Señor y que estos los recibieran felices contándoles que también ellos le habían visto.

Es un poco difícil llegarse hasta Emaús, cualquiera de los dos lugares que se lo atribuyen, la tercera vez que yo lo intenté lo conseguí y os confieso que he sido

acogido siempre por los franciscanos, con la misma amabilidad que demostraron los discípulos protagonista del relato, a Dios gracias.

Paso ahora a referirme brevemente al contenido de las lecturas propias de este segundo domingo de Pascua.

La primera es una preciosa descripción, verdadera sin duda e imitable, pero que en el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles, más tarde, nos referirán que no siempre fue tan de color de rosa. Hoy nos toca aprender, otro día se nos exigirá ser exigentes con la conducta de los protagonistas.

La segunda lectura es un oportuno canto a la Fe. No se trata de que nuestro cerebro albergue una singular ideología, que de esto hay muchas. Nuestra Fe es en una persona, Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios y hermano nuestro.

El contenido de la lectura evangélica resulta claro, me limitaré a advertir dos pequeños aspectos. Obsérvese que Pentecostés fue dosificado. Las llamadas apariciones, son cumplimiento de lo que les había anunciado el Maestro. El Paráclito reforzaría lo dones que el Maestro les otorgaba. El don de perdonar, que no es lo mismo que olvidar, cosa posible a todo el mundo.

Es necesario que nos preguntemos sinceramente si somos conscientes de que el pecado en mayor o menor medida, anida en nuestro interior y que es preciso que nos exijamos una higiene espiritual, que con frecuencia olvidamos. De alguna manera, pues, el Maestro les estaba anunciando lo que después sería el sacramento del perdón o confesión.

Un detalle anecdótico. Pese a lo detallados que son los relatos de la Pasión del Señor, en ninguno de ellos se nos dice que le clavarán en la cruz. Lo más común, según parece, era que una vez desnudado al reo y colgado y sujetado con cuerdas a la cruz, se le abandonase humillado en un lugar público para que el hambre y la sed fueran lentamente acercándole a la muerte. El sujeto era insultado, mordido por los perros o las aves de rapiña o apedreado por los transeúntes. La gran maldad del suplicio era esta publicidad humilladora y la lentitud del tormento, que podía durar varios días. Ahora bien, en el caso del Señor, Pilatos le sometió a la flagelación romana, que en ocasiones ya era suplicio mortal. Llegó, pues, al Calvario en extremas condiciones, clavarle, se dirían los soldados era acelerar la muerte y que esta fuera así, en su rapidez, extraordinariamente dolorosa. Los clavos, ninguno de ellos atravesaba un órgano importante, aumentaban el dolor local y el de los músculos agarrotados de las extremidades superiores e inferiores, más el propio de la respiración abdominal y torácica, que estiraba de las heridas, estando en una posición extraordinariamente incómoda.

Si los textos de la Pasión no se refieren explícitamente al procedimiento de sujeción a la cruz, la actitud de Tomás el “discípulo científico” nos lo descubre ya que conservaba las cicatrices de los clavos. “científico” sí, pero humilde también. De él debemos hoy aprender.